

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo IX. Donde se cuenta, lo que en se vera.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1659**

EN estas, y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el día siguiènte, sin acontecèrles Cosa que de contar fuèsse, de que no poco le pesò à Don Quixote. En fin otro día al anohecèr descubrièron la gran Ciudad del Tobòso, con cùya vista se le alegràron los espíritus à Don Quixote, y se le entristecièron à Sancho, porque no sabìa la casa de Dulcinèa, ni en su vida la avìa visto, como no la avìa visto su Señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estàvan alborotàdos; y no imaginàva Sancho, que avìa de hazèr, quando su dueño le embiàsse al Tobòso. Finalmènte ordenò Don Quixote entràr en la Ciudad, entràda la noche, y en tanto que la hora se llegàva, se quedàron entre unas enzinas, que cerca del Tobòso estàvan; y llegado el determinàdo pùnto, entràron en la Ciudad, donde les sucediò cosas, que à cosas llegan.

## CAPITULO IX.

*Donde se cuenta, lo que en el se verà.*

**M**EDIA noche era por filo, poco mas a menos, quando Don Quixote, y Sancho dexàron el monte, y entràron en el Tobòso. Estàva el pueblo en un fofsegado silencio, porque todos sus vezinos dormìan, y reposàvan à pierna tendida, como fuele dezirse. Era la noche entreclara, puesto que quisièra Sancho, que fuèra del todo escùra, por hallàr en su escuridàd discùlpa de su fandèz. No se oya en todo el lugar fino ladridos de perros, que atronàvan los oydos de Don Quixote, y turbàvan el Coraçon de Sancho. De quando en quando rebuznàva un jumento,

mento, gruñian puercos, y mayavan gatos, cuyas voces de diferentes fonidos se aumentavan con el silencio de la noche: Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal aguero, pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quiçà podrá ser, que la hallèmos despierta. A que Palacio tengo de guiàr, cuerpo del Sol, respondiò Sancho, que en el que yo vi à su grandeza, no era fino casa muy pequeña? Devia de estar retirada entonces, replicò Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su alcaçàr, solazàndose à solas con sus donzellas, como es uso y costumbre de las altas Señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea alcaçàr la casa de mi Señora Dulcinea, es hora esta por ventura de hallàr la puerta abierta? Y serà bien que demos aldavazos para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda la gente? Vàmòs por dicha à llamàr à la casa de nuestras mancebas, como hazen los Abarraganados, que llegan, y llaman, y entran à qualquier hora, por tarde que sea? Hallèmos primero una por una el alcaçàr, replicò Don Quixote, que entonces yo te dirè, Sancho, lo que serà bien que hagamos; y advièrte, que yo veo poco, ò que aquel bulto grande, y sombra que desde aqui se descubre, la deve de hazer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondiò Sancho, quiçà serà assi, aunque yo lo verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y assi lo creerè yo, como creer que es agora de dia. Guiò Don Quixote, y avièndo andado como dozièntos passos, diò con el bulto que hazia la sombra, y viò una gran torre, y luègo conociò, que el



tal edificio no era alcaçar, fino la Iglesia principal del pueblo; y dixo: Con la Iglesia hèmos dado, Sancho. Ya lo veo, respondiò Sancho, y plega à Dios, que no dèmos con nuestra sepultura; que no es buena señal andàr por los cementerios à tales horas, y mas avièndo yo dicho à vueſſa merced, ſi mal no me acuerdo, que la caſa deſta Señora ha de eſtår en una callejuèla ſin ſalida. Maldito ſeas de Dios, mentecàto, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los alcaçares, y palacios reales eſtèn edificados en callejuèlas ſin ſalida? Señor, respondiò Sancho, en cada tierra ſu uſo; quiçà ſe uſa aqui en el Tobòſo edificar en callejuèlas los palacios y edificios grandes; y aſſi ſuplico à vueſſa merced, me dexè buſcår por eſtas calles, ò callejuèlas, que ſe me ofrècen; podria sèr que en algun rincón topàſſe con eſſe alcaçar, que le vea yo comido de Perros, que aſſi nos trae Corridos y afendereàdos. Habla con reſpeto, Sancho, de las coſas de mi Señora, dixo Don Quixote, y tengàmos la fieſta en paz; y no arrogèmos la ſoga tras el caldèro. Yo me reportarè, respondiò Sancho; pero con que paciencia podrè llevår, que quièra vueſſa merced, que de ſola una vez que vi la caſa de nueſtra ama, la aya de ſaber ſiempre, y hallàrla à media noche, no hallàndola vueſſa merced, que la deve de avèr viſto millares de vezes. Tu me haràs deſeſperår, Sancho, dixo Don Quixote. Ven acà, Herege, no te hè dicho mil vezes, que en todos los dias de mi vida no hè viſto à la ſin par Dulcinea, ni jamas atraveſè los umbràles de ſu palàcio, y que ſolo eſtòy enamoràdo de oydas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y diſcreta? Aora lo oygo, respondiò Sancho,

cho, y digo, que pues vuestra merced no la hà visto, ni yo tampoco. Eſſo no puede sèr, replicò Don Quixote, que por lo menos ya me hàs dicho tu, que la viste ahechàndo trigo, quando me truxiste la respuesta de la carta, que le embiè contigo. No se atenga à eſſo, Señor, respondiò Sancho, porque le hago sabèr, que tambien fuè de oydas la vista, y la respuesta que le truxè; porque assi sè yo, quièn es la Señora Dulcinea, como dàr un puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondiò Don Quixote, tiempos ay de burlàr, y Tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga, que ni hè visto, ni hablàdo à la Señora de mi alma, hàs tu de dezir tambien, que ni la hàs hablàdo, ni visto, fiendo tan al reves como fàbes.

EST ÀND O los dos en estas platicas vièron, que venìa à pasàr por donde estàvan, uno con dos mulas, que por el ruýdo que hazìa el aràdo, que arrastràva por el suelo, juzgàron, que devìa de sèr labradòr, que avrìa madrugàdo antes del dia à ir à su labrànça, y assi fuè la verdad. Venìa el labradòr cantàndo aquel Romance, que dize: mala la huvistes Franceses, en eſſa de Roncesvalles. Que me maten, Sancho, dixo, en oyèndole, Don Quixote, si nos hà de sucedèr cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantàndo eſſe villano? Si oygo, respondiò Sancho; pero que haze à nuestro proposito la caça de Roncesvalles? Assi pudièra cantàr el Romance de Calainos, que todo fuèra uno para sucedèrnos bien, ò mal en nuestro negocio. Llegò en esto el labradòr, à quièn Don Quixote preguntò: Sabrèysme dezir, buen amigo, que buena ventùra os dè Dios, donde son por aqui los palacios de la fin par Princesa Doña



Dulcinea del Tobòso? Señor, respondió el moço, yo soy Forastero, y hà pocos dias, que estòy en este pueblo firviendo à un labradòr rico en la labrança del campo. En essa casa frontera viven el Cura, y el Sacristan del lugar: Entrambos, ò qualquìer dellos fabrà dár à vueffa merced razon dessa Señora Princefa, porque tienen la lista de todos los vezinos del Tobòso; aunque para mi tengo, que en todo el, no vive Princefa alguna; muchas Señoras si Principales, que cada una en su casa puede fer Princefa. Pues entre essas, dixo Don Quixote, deve de estàr, amigo, esta por quièn te pregùnto. Podria sèr, respondió el moço, y à Dios, que ya viene el alva; y dando à sus mulas, no atendìo à mas preguntas. Sancho, que viò suspenso à su Señor, y affaz mal contento, le dixo: Señor, ya se viene à mas andàr el dia, y no ferà acertado, dexàr que nos halle el sol en la Calle: Mejor ferà, que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vueffa merced se embòsque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolverè de dia, y no dexarè ostùgo en todo este lugar, donde no busque la casa, alcaçàr, ò palacio de mi Señora; y affaz seria de desdichado, fino le hallàsse; y hallàndole, hablarè con su merced, y le dirè donde, y como queda vueffa merced esperàndo, que le dè orden y traça para verla sin menoscabo de su honra y fama. Hàs dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerràdas en el circulo de breves palabras. El consejo que aora me hàs dado le apetèzco, y recibo de bonissima gana. Ven, Hijo, y vàmòs à buscàr donde me embosque, que tu bolveràs, como dizes, à buscàr, à ver, y hablàr à mi Señora, de cuya discrecion, y cortesia espèro mas que mila-